



Sonríe

Proyectos de amor y deseo, 1

MEL CARAN

Sonríe

Mel Caran

Esencia/Planeta

© Mel Caran, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: febrero de 2015
ISBN: 978-84-08-13662-0
Depósito legal: B. 282-2015
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Lunes, 12 de noviembre

Hace ya varios días que tengo mi cabeza a pleno rendimiento en busca de ideas, sólo necesito un poco de inspiración, aunque sea una mínima ayuda que me empuje al abismo de la creatividad, pero parece ser que también me he divorciado de ella.

Han pasado ya seis meses desde mi tortuoso divorcio y me siento bien sola, al fin y al cabo es lo que yo quería, pero también me siento tan... sucia... le hice tanto daño. Mi marido me amaba mucho, demasiado, yo no merecía tanto amor y no podía corresponderle de la forma que él quería... Ha sido mucho tiempo juntos, muchas experiencias vividas, unos años maravillosos, pero al final el amor, la pasión, el deseo... se fueron y ya sólo me quedaba el cariño.

Intento alejar estos dolorosos pensamientos de mi cabeza, eso no me ayudará a encontrar inspiración.

La afición que de pequeña me transmitió mi abuela cuando me regaló mi primera casita de muñecas ahora se ha convertido en mi pequeño negocio y, gracias a los fanáticos coleccionistas americanos, los beneficios que obtengo me sirven para complementar la pensión que mi exmarido me pasa para la manutención de los niños.

Aquí en España no está tan arraigada esta afición a las casas de muñecas, pero en América hay personas que se gastan auténticas fortunas en ellas y en todos sus complementos.

Por eso, mis días transcurren cuidando de mis hijos y construyendo casitas. Es un trabajo que me apasiona, me relaja y me divierte, aunque en ciertas ocasiones lo lanzaría todo por la borda, como está a punto de pasarme ahora con el pedido que tengo sobre la mesa.

Mi nuevo cliente quiere algo especial, diferente y moderno. He hecho ya un millón de visitas al Señor Google y no encuentro nada que me inspire.

La lista de sus preferencias no hace más que confundirme; lo tengo todo anotado en un post-it amarillo chillón pegado en una esquinita de mi portátil, aunque no me haría ninguna falta tener esta tortura china delante de los ojos, porque la voz del señor Vetel, resuena en mi cabeza:

—Líneas rectas, ventanales grandes y anchos, amplitud de espacios interiores, exteriores blancos con inserciones de madera...

Incluso reconozco que sueño con él... ¡Por Diorrrr, qué desperdicio! Pudiendo soñar con esos chicos buenorros que me alegran la vista de vez en cuando... y voy y me empeño en tener sueños que más bien son pesadillas. ¡JAJAJAJA! Pobre señor Vetel... En el fondo es un buen hombre y, gracias a su pedido, el mes que viene mis niños y yo nos podremos dar algún que otro caprichito.

De repente ahí está, frente a mí, en la pantalla de mi portátil, ¡por fin parece que mi queridísimo compañero de fatigas se pone un poco de mi lado y me lanza la posible solución a mi falta de concentración e inspiración! «Exposición de jóvenes arquitectos». 16 de noviembre. Barcelona.

¡Sí! Imagino que los jóvenes arquitectos presentarán tendencias más modernas que todo lo que he visto hasta ahora, ¿no? Eso espero, si no, ¡no sé qué va a ser de mí! Cojo mi móvil, busco la agenda y de inmediato añado mi cita el 16 de noviembre. Ya

está, ese día no estoy para nadie. Es viernes, bien, tendré todo el fin de semana por delante para analizar los datos que pueda obtener de la exposición.

De pronto soy consciente de que es la primera vez en seis meses que algo me motiva y me hace sentir feliz e ilusionada, algo que no sean mis hijos, claro, que son lo más valioso y querido que tengo. Ellos me dan la fuerza necesaria para seguir adelante y hacen que cada día sea mejor que el anterior.

La melodía de llamada de mi teléfono empieza a sonar. Ooh... Ryan Star, mi cantante preferido del momento. Mmmmm... cómo me gusta este chico. Me anima sólo escuchar su voz.

—¿Sí? —contesto distraída, sin mirar la pantalla.

—¡Hola, Rebeca, soy Sofía! —La voz de mi amiga me hace volver a la realidad.

He perdido la cuenta ya del tiempo que hace que no hablo con ella. Sí hemos estado en contacto, pero siempre mediante correo electrónico. Ella está pasando una época dura con la enfermedad de su madre y, por supuesto, no sabe nada de mi actual situación; no la he querido preocupar con mis problemas. Sé que se enfadará conmigo cuando se lo cuente, por no haberle pedido ayuda ni consuelo, pero también sé que el enfado no le durará mucho.

—¡Sofía! ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo? ¿Cómo está tu madre? —Se me amontonan las preguntas. Me siento culpable por no ser yo la que ha tomado la iniciativa de llamarla.

—¡Bien, bien! —Se ríe—. Está respondiendo muy bien al tratamiento y cada día se siente mejor. Oye, ¿por qué no quedamos para comer? ¿Qué tal el jueves?

Se me hace un nudo en la garganta, ¿cómo se lo voy a decir? Me preocupa su reacción.

—¡Perfecto! —contesto con nerviosismo, sin mirar mi agenda

para asegurarme de que no tengo nada que hacer. Pero claro, últimamente mi agenda no es que ande muy cargada, o sea que creo que no será problema que el jueves lo ocupe con mi amiga.

—¡Qué bien, tengo tantas ganas de verte...! ¡Seguro que tenemos un montón de cosas que contarnos!

¡Bufffff! No lo sabes bien.

—¡Yo también tengo muchas ganas de verte! ¡Estoy tan contenta de oírte tan feliz! —La verdad es que Sofía siempre ha sido muy alegre, pero en estos últimos tiempos la suerte no ha estado de su lado.

—Rebeca, tengo que dejarte, estoy en el trabajo y hoy mi jefe se ha levantado con el pie izquierdo. Nos vemos el jueves entonces. Un beso.

—Muy bien, Sofía. Otro para ti. Hasta el jueves.

Me quedo un rato pensativa y de repente me invaden angustiosos sentimientos de inquietud, de incomodidad... No sé cómo se lo contaré para que no se lo tome a mal. ¡Mierda! Tendría que haber hablado con ella antes, aunque hubiera sido por correo electrónico.

Intento alejar de mi mente esta nueva preocupación que añadir a mi amplia colección y me consuelo pensando que no puede enfadarse mucho, no conmigo.

De vuelta a la realidad, me concentro de nuevo en el esperanzador evento que me espera a finales de semana. ¡Dios, estoy deseando que sea ya viernes! Presiento que va a ir bien y que me va a aportar grandes ideas y excelentes resultados.

Jueves, 15 de noviembre

Hoy como con Sofía. Y hoy es el día previo a mi «evento». Esta noche me ha costado mucho dormir. He intentado trazar un plan, un guion para exponerle a mi amiga de la forma más clara y menos dolorosa posible todo lo ocurrido en los últimos seis meses.

Me duele la cabeza, será por la falta de sueño y el nerviosismo.

Suena la melodía de mensaje en mi móvil, es Sofía.

Lo siento, Rebeca. Aquí en la empresa el ambiente sigue caldeado y me han convocado a una reunión-comida con los jefes. No podemos quedar para comer. ¿Qué tal mañana?

Hace tiempo que están con despidos y juicios —me contó historias que parecían sacadas de auténticos culebrones televisivos—, y como secretaria personal del director general, está siempre metida en todas las decisiones importantes.

Me hundo en el sofá mientras leo su mensaje. Realmente necesitaba verla, tengo que sacarme este peso de encima, tengo que liberarme de esta presión. Pero... mañana imposible.

¡Mierda! Esto se va a demorar demasiado.

¡Malditos jefes! Sofía, lo siento, mañana no puedo, tengo que ir a una exposición en Barcelona y creo que me llevará toda la mañana y parte de la tarde. Tendrá que ser la semana que viene. No tengo nada. Pon tú el día.

En realidad no sé el tiempo que tardaré en recorrer la exposición, pero tampoco quiero ponerme la presión de estar pendiente del reloj. Quiero estar con mis cinco sentidos bien aguzados y ver con detenimiento todas las maravillosas modernidades que allí pueda haber.

Sofía me contesta:

La semana que viene no puedo. La siguiente. ¿Qué tal el miércoles? Besos.

Perfecto. Hasta el miércoles entonces. Y suerte con esos abusones y aguafiestas de jefes que tienes. Besos.

¡Oh! Mi agonía se va a alargar otras dos semanas. Igual ahora es mi oportunidad de ponerla un poco en antecedentes... Pero no, no creo que sea buena idea... Ya es demasiado tarde, el mal está hecho. Esperaré al miércoles. Sí.

Viernes, 16 de noviembre

Suena el despertador. ¡SÍ! ¡VIERNES! Hoy es el gran día. Me levanto de un salto y me sorprendo de lo bien que he dormido esta noche. La verdad es que no recuerdo otro despertar como el de hoy desde hacía tiempo. Mejor, así estaré fresca para lo que me espera en Barcelona.

Empieza la rutina matutina: despertar a los niños, preparar los desayunos... Me aseguro de que mi princesa dormilona esté ya levantada... Sí, seguro que lo está, porque oigo su música, es una incondicional del reggaeton. ¡Dios! Nunca me acostumbraré a esta música, me altera los nervios.

Me acerco a ella y le planto un beso en cada mejilla. A sus trece años ya es toda una mujer. Siempre ha sido muy responsable, aunque demasiado traviesa y activa.

La dejo con su música mientras se prepara la mochila y yo me voy a batallar con el hombrecito, al que le cuesta horrores despejarse de las sábanas. Aunque guardo un as en la manga. Estas tácticas siempre me dan resultado con él. Tiene ya seis años, pero es tan inocente todavía...

Ayer por la tarde fuimos de compras y se encaprichó de una preciosa cazadora de piel. Ya en casa, me confesó su nerviosismo por que llegara el día siguiente para poder lucir su nueva adquisición en el cole y que todas las niñas vieran lo guapo que estaba.

—¡Buenos días! ¿Hay algún niño en esta cama que se muera por estrenar una cazadora nueva que va a volver locas a sus amiguitas? —canturreo al lado de su cabeza.

Y, efectivamente, dos ojos grandes y redondos se abren como platos y su cara se ilumina de una forma excepcional. Se incorpora con rapidez y me rodea el cuello con los brazos.

—¡Síiiiiiiii, yooooo yoooooooo!

De camino al cole, en el coche, hacemos el repaso de lo que será el día de hoy. Se los ve felices. Es mi deseo. No soportaría que sufrieran por mi culpa. Nunca me lo podría perdonar.

Llegamos, nos despedimos con besos y veo cómo desaparecen por la puerta de entrada del colegio.

Ya está, ahora me toca a mí. Me dirijo otra vez a casa, me desnudo con rapidez y me meto en la ducha, mientras pienso qué ropa me voy a poner. Tendrá que ser algo favorecedor. No sé qué tipo de gente va a esos eventos y empieza a atormentarme la idea de no encajar en el ambiente.

Después de aplicarme un suave maquillaje, me miro al espejo y pienso que la vida no me ha tratado del todo mal. Mi rostro no refleja la edad que tengo. Ojalá pudiera decir lo mismo de mi cabeza, pues desde hace seis meses vivo inmersa en una aburrida vida de ermitaña que me está empezando a pasar factura.

Mi piel todavía conserva la suavidad y tersura propias de una jovencita y, supongo que gracias a los cuidados que le he dado durante tantos años, de momento no tengo que preocuparme por las temidas arrugas.

Me empiezo a secar el pelo, caoba, que me parece un color bonito y siempre le ha dado a mi rostro un ligero toque exótico, ya que contrasta con la blancura de mi piel. Por favor, que me quede bien... El pelo no es lo mío, lo tengo un poco rebelde y me cuesta que se quede quieto en su sitio. Por eso lo llevo bastante

corto, por debajo de la nuca, pero eso sí, con un largo flequillo un poco ladeado que oculta un poco mis grandes y redondos ojos de color miel.

Arrugo mi pequeña y respingona nariz al ver que algunos mechones se me están rebelando y opto por pasarles un poco la plancha, así aguantará liso un poco más de tiempo.

Bien, no me desagrada el resultado, parece que los astros estén a mi favor esta mañana. Me lo fijo bien con un poco de laca y ya en la habitación empiezo a vestirme.

Al final me he decidido por unos pantalones negros ajustados, que realzan mis piernas, marcan trasero y disimulan mis tres o cuatro kilitos de más. A mis casi treinta y ocho años ya cuesta deshacerse de estos odiosos y aborrecibles compañeros de viaje. En realidad sé que no me puedo quejar, pero mi actual baja autoestima no me deja otra opción que estar siempre lamentándome por algo.

Escojo una camiseta gris marengo de tirantes, que deja a la vista mi escote. Todavía puedo presumir de él y eso me gusta. Para compensar un poco mi justito uno sesenta y cinco de estatura, completo el conjunto con unos botines de medio tacón que espero que estilicen más mi figura y no sean un impedimento para recorrer toda la extensión de la muestra, que no sé si será muy grande o no.

Finalmente, me aplico un poco de brillo a mis carnosos y rosados labios y me pongo la cazadora tejana, de talle corto y ajustada al cuerpo, que me da un toque de color y un aire más juvenil, que, la verdad, ¡es lo que busco!

Creo que me he adelantado y ya he entrado en esa crisis llamada de los cuarenta... ¡Madre mía! A veces me sorprendo absorta frente a la belleza y juventud de actores como Mario Casas, Miguel Ángel Silvestre, Robert Pattinson... ¡Oh! Mi vampiro preferido..

¡Decidido! Creo que tengo que coger cita con un psicólogo. Todavía estoy a tiempo de rehabilitarme, creo que con un poco de terapia será suficiente. Jajaja, mejor tomárselo con humor.

Cojo mi bolso, el móvil, las llaves del coche y me pongo en marcha. ¡Allá voy!

Circulo por la comarcal mientras en mi equipo suena Ryan Star. Qué bueno está. No sé cómo reaccionaría si lo tuviera delante de mí, cantándome sus canciones con esa voz... Mmmm... Su música me anima, me siento contenta y me uno a él cantando. Cualquiera que me vea pensará que estoy un poquito loca e igual no se equivoca. Pero me da lo mismo, hoy puede ser un gran día de inspiración. ¡Eso espero!

Ha sido relativamente fácil aparcar, Barcelona es un suplicio para eso, pero veo que hoy los astros siguen estando a mi favor. ¡Seguid así, astros míos!

Me dirijo hacia la entrada, donde cuelga el cartel «Exposición de jóvenes arquitectos». Ya dentro, me impresiona la magnitud de la exposición. ¡Oh, Dios mío! Quizá me he equivocado al elegir los botines, tendría que haber venido con mis cómodas y planas bailarinas.

Hay mucha gente. La verdad que no esperaba tanta. Ahora me doy cuenta de que acerté en mi decisión de rechazar la proposición de comer hoy con Sofía, porque creo que voy a estar aquí hasta bien entrada la tarde.

Pero son las once y media de la mañana, así que todavía tengo mucho tiempo por delante. Y no tengo que preocuparme de ir a buscar a los niños, porque hoy los recoge su abuela. Mi madre siempre tan pendiente de todo. Según ella, así estaré más tranquila y podré concentrarme más en mi trabajo. La quiero mucho y mis hijos la adoran.